

Cecilia Martín Franchi (1921-2005)

UNA VENEZOLANA DE RAÍCES PROFUNDAS

Cecilia Martín Franchi

EMPRENDEDORA DE CRUZADAS TELÚRICAS

Pionera de los estudios de geología en Venezuela, esta caraqueña relató a quien suscribe y justo antes de emprender su última expedición hacia territorios de la inmortalidad, cómo a lo largo de sus 84 años de edad fue una quebrantadora de esquemas, prefiriendo hablar de «vivencias» en lugar de memorias al momento de evocar sus conquistas de suelos naturales y profesionales de un país floreciente

Hacia fines de los años treinta el silencio divino de la iglesia San Francisco se vio interrumpido por un tropel de niñas que usaban la nave del templo para huir de un «zaperoco» desatado en las cercanías de la plaza Bolívar. Se trataba de «Las Castañuelas», grupo de estudiantes del Colegio Católico Venezolano de Caracas. «Chichí» era una de estas «rebeldes» con causa, a su entender, en un país donde la conciencia ciudadana emergía en respuesta a la muerte del general J.V. Gómez.

Este es uno de los tantos episodios que trajo a su presente Cecilia Martín Franchi, nacida en la parroquia Santa Rosalía un 4 de abril de 1921, para así ilustrar su personalidad inconforme ante los convencionalismos de la época: matrimonio a temprana edad, graduada *cum laude* en Geología, una profesión considerada hasta entonces para hombres (UCV, 1947), y divorciada a mediados de los setenta.

«Chichí», como la llamaban sus íntimos, nos dio la bienvenida en su lar una mañana de junio de 2005, serenamente sentada justo al lado de la chimenea «verdadera» que dispusiera para ella su hija Elena, arquitecto de interiores, y así complacer a su antojo la realización de parrilladas familiares. La luz mañanera se colaba desde el amplio balcón entre coloridos decorados y el frescor de helechos, rozando su absorta y a la vez chispeante mirada, en la que se adivinaban intensas vivencias por describir. Su postura señorial, acentuada por un alto moño e impecable maquillaje, se desvaneció al ver sus pies enfundados en unos deportivos y destalonados Skechers. Así era doña «Chichí», siempre lista para una nueva aventura...

UNA «CASTAÑUELA» SIN PAR

«Siempre me gustó lo que no era, es decir, la rebeldía», arranca diciendo doña Chichí, la octava hija de nueve niños habidos en el matrimonio Martín Franchi. No obstante, contrario a lo que pudiera pensarse, esta actitud contracorriente era impulsada desde el seno paterno. «Papá decía: para qué los hemos educado si no es para luchar en la vida y lograr metas.»

Tal filosofía emprendedora fue a su vez reforzada durante sus estudios escolares a través de dos resaltantes figuras del Colegio Católico Venezolano: el escritor Héctor Cuenca, quien le transmitió su fervor por el estudio de la Historia Universal, y la directora del plantel, Lola de Gondelles, educadora de avanzada quien, en la Caracas gomecista de 1932, aceptó el reto planteado por uno de sus profesores más brillantes, Luis Beltrán Prieto, y abrió el primer curso de bachillerato para señoritas.

Recordó Chichí que fue en este recinto, distinguido con el número 93 y ubicado entre las esquinas de Truco a Balconcito, donde aupada por la señora Gondelles conoció el valor y la fuerza transformadora de la unidad. «Las Castañuelas» fue el título que identificó a este clan de avispas y solidarias niñitas, que se hizo famoso luego de protagonizar una comparsa de carnaval. Mercedes Urbaneja, Ella Berger, Luisa Elena Vegas fueron algunas con las que aún durante su último año de vida sostuvo reencuentros ocasionales. Junto a ellas dictaba conferencias sobre Geografía e Historia, participaba en meriendas y en las famosas tamborileras, pintorescas cuadrillas marciales en las

que vestían trajes de oficiales. «En todo esto nos respaldó la señora Gondelles hasta que decidió ir a enseñar a las cárceles del país», comentó entonces.

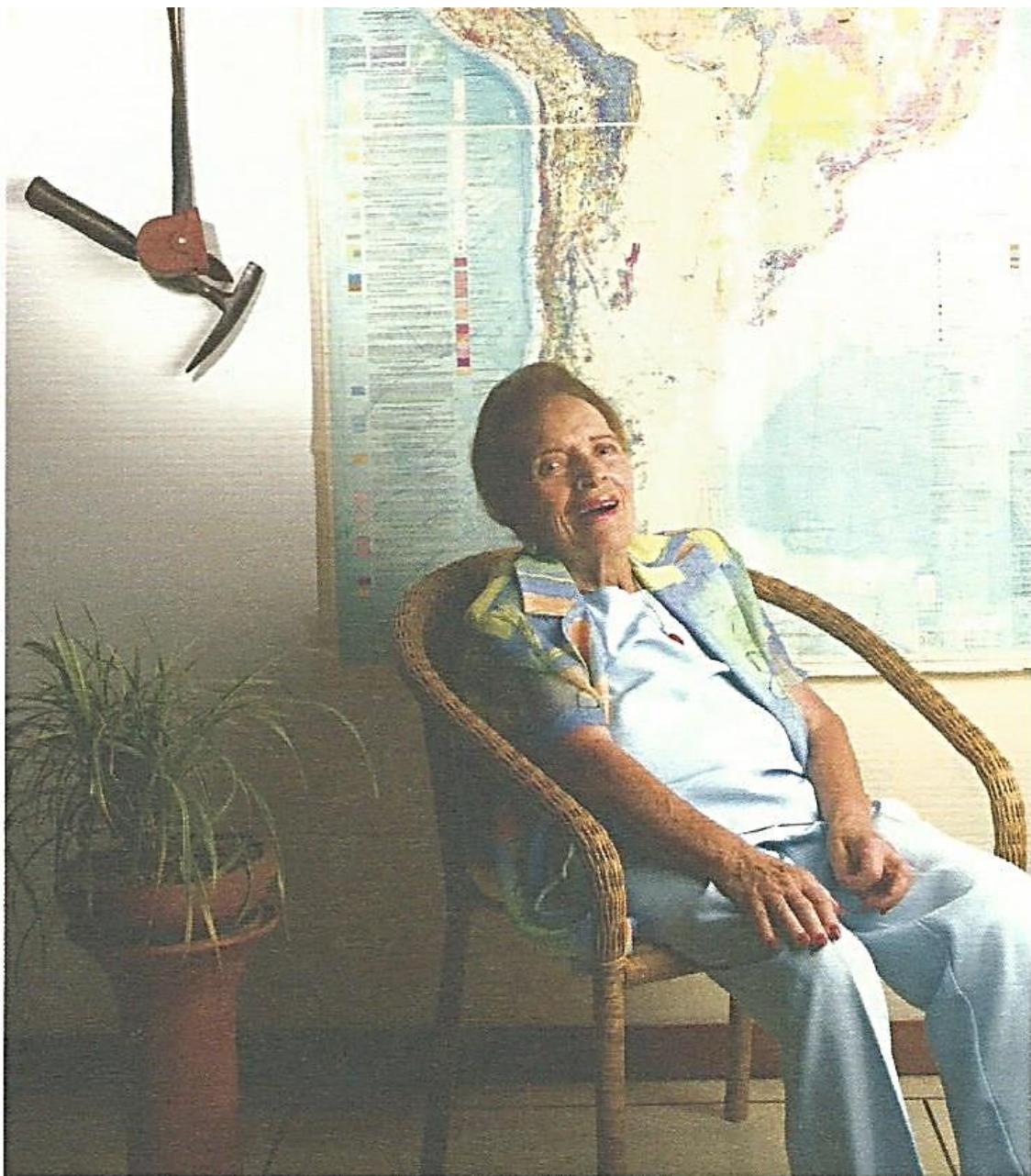
GEOLOGÍA EN LOS CAMPOS Y EL CAMPUS

Ese mismo espíritu inquieto es el que la llevaría a tomar dos trascendentales decisiones apenas se graduó de bachiller: iniciar los estudios en el Departamento de Geología de la Universidad Central de Venezuela y casarse durante un viaje de intercambio estudiantil a Canadá con su compañero de carrera Alirio Bellizia, sorprendiendo a hermanos, padres y amigos. Cecilia Martín Bellizia firmaría en lo adelante sus trabajos de investigación y reportes de excusiones exploratorias por ignotos parajes de la naciente Venezuela petrolera y minera. La Geología fue asumida por «Chichí» con inquebrantable entusiasmo y sin temor a desaprobaciones de una sociedad aún machista. Recuerda que tanto ella como su esposo obtuvieron beca de la Creole Corporation, conquistando en noviembre de 1947 su título de ingeniera geólogo con la distinción *cum laude* de la UCV. A partir de allí, compartiría el desarrollo de la academia con la exploración de campo bajo contrato del Ministerio de Energía y Minas (MEM), repartiéndose entre estrados de universidades latinoamericanas y estadounidenses, y visitas a zonas geológicamente ricas del país como el río Querecual en Anzoátegui, la Mesa de Cocodite en Paraguaná, Falcón, la Formación Roraima en Bolívar o el Macizo de El Baúl en los Llanos de Cojedes. También exploraría yacimientos mineros en Perú, Chile y El Salvador. Sus trabajos fueron referencia incluso para el explorador de origen francés Marc de Civrieux.

Ante la pregunta de los lugares que conoció en sus «cruzadas» telúricas, su respuesta fue: «Dónde no estuve», reviviendo la parte más cotidiana de estas travesías. En El Baúl, por ejemplo, adquirió el gusto por las parrillas y por el baile de joropo alpargateado. En Sucre hizo de las curiaras y los chinchorros las cunas de sus cuatro hijos, los cuales incorporaba frecuentemente a sus aventuras. Se río de sí misma al evocar que sus compañeros la llamaban «Julia Verne». Fue así como la práctica le trajo la sabiduría complementaria a la adquirida en el Alma Máter, pudiendo abordar proyectos más complejos como la elaboración de mapas metalogenéticos (origen de yacimiento de metales) de Venezuela y América del Sur. Un título de máster y otro de doctora en la Universidad de Oklahoma, invitaciones como conferencista a China y Rusia, así como las órdenes Andrés Bello y Libertador, además de la obtención de las máximas jerarquías y reconocimientos como profesora de la UCV e investigadora de PDVSA y el MEM ejemplifican el talento por ella alcanzado.

HIJOS CONQUISTADORES DEL AMOR

Otra faceta expresión de la actitud fuera de serie de Cecilia Martín Franchi, fue su rol de cabeza de familia, luego de su ruptura matrimonial en 1975. A pesar de ausentarse por largas jornadas del hogar, buscaba la forma de dar a sus hijos tiempo de calidad, bien haciéndolos partícipes de sus expediciones o bien dejándolos al buen cuidado de sus abuelos maternos y de Josefina, «una excepcional mujer» que la ayudó en la crianza. De allí su inquietud de templarles el carácter a los cuatro, dándoles nombres de conquistadores de la Historia Universal: Alirio (de Luna), Gonzalo (de Berceo), Rodrigo (de Triana) y Elena (de Troya). «No quería que la gente dijera “mira, ese es hijo de Pepita”», sentenció.



Elena, su hija, dio testimonio de la «maestría como madre» ejercida por Cecilia, ya que a lo largo de estas andanzas aprendieron «a estar en permanente conexión con la naturaleza y a respetar y valorar la sencillez de los obreros miembros de su equipo de expedición». También los ayudó a «ser más pilas», cultivándoles la afición por los paseos y deportes al aire libre como entretenimiento predilecto en la ciudad, en lugar de recurrir a la televisión. Su anterior casa estaba poblada de seres traídos de esos hermosos ecosistemas visitados: tucanes, guacamayas, perezas y turpiales, de manera que nunca fueron mundos contrastantes sino complementarios.

«De mi madre heredé el sentido de familia, de buscar siempre sumar, agregar, la unidad.» Y es esa misma complicidad desde el amor, la que les permitió en los últimos años compartir experiencias de crecimiento espiritual nada convencionales: meditación, tai-chi, cristaloterapia, astrodanza, chamanismo, balancing. En todos estos grupos, de acuerdo al testimonio de su heredera, Chichí impregnaba a los presentes de su energía transformadora y sanadora, pues ella fue y sigue siendo «un fogón que no quema».

Y, sin embargo, Cecilia Martín Franchi confesó no ser ni religiosa ni espiritual, sino pura concreción, reciedumbre, solidez. Es esa misma determinación la que la llevó a concluir ante la épica que fue su vida. «¿Para qué escribir mis memorias si vivo en una permanente acción?»

Haber cursado el Taller de Periodismo y Memoria de **Fundación Empresas Polar** en el año 2003, bajo la conducción de la notable periodista Milagros Socorro, me facilitó identificar en doña Chichí a un personaje cuya audaz historia merecía ser reconstruida y divulgada a partir de recursos literarios no ficcionales como el relato de vida y la entrevista. Agradecemos a *Puntal* el permitirnos revelar a través de sus páginas este inédito episodio de la Venezuela del siglo XX. C.F.P.



Mendoza [Argentina, 1982]



Fuente:

FURIATI PAEZ Claudia. 2006 Cecilia Martín Franchi: Emprendedora de Jornadas Telúricas.
Puntal (Fundacion Polar. Caracas): 12(20): 18-21.